Alberti, poeta del exilio

Rafael Alberti es uno de los poetas más representativos del exilio español, tanto por el número de versos dedicados a este tema como por la importancia que las condiciones del destierro llegaron a tener para él, marcando el tono general de su poesía. Al hablar del arte, al abandonarse en las arboledas perdidas de su memoria, al reivindicar el erotismo, Rafael Alberti escribe como desterrado y cada palabra suya es un intento de compensación, un modo de salvar la distancia.

¿Por qué adquiere el exilio tanto valor temático e ideológico en la obra de Alberti? En primer lugar es necesario tener en cuenta una situación que marca a la mayoría de los poetas contemporáneos. El poeta, como figura ideológica, es un extranjero, un exiliado, que vive sin integrarse en los códigos impuestos por la sociedad. Y Alberti había ejemplificado perfectamente esta distancia moral desde la publicación de *Marinero en tierra*, ese primer libro que canta la nostalgia urbana de un niño apartado del mar. El protagonismo infantil de Alberti, evocador de una libertad dañada, encarna el exilio moral del poeta, del hombre que vive la sociedad contemporánea como una pérdida de libertades individuales.

Se trata de una oposición típica de la literatura desde el romanticismo: la palabra que surge para denunciar el fracaso de las civilizaciones que no pueden cumplir sus promesas de felicidad, porque están organizadas para someter los intereses privados bajo la uniformidad de los imperativos públicos. Al romperse el equilibrio lógico entre ordenamiento público y beneficio individual, las reglas se viven como imposiciones hostiles y el sujeto necesita vivir al margen, buscar una utopía consoladora más allá de la realidad. Se inicia así un ancho itinerario poético, que va desde el romanticismo a las vanguardias, por el que los poemas se convierten en el territorio de los sueños, en la palabra de los seres libres alejados de las leyes, civiles o lingüísticas, sometedoras.

En esta situación el poeta se convierte en un exiliado moral y el exiliado en un héroe poético. La sentimentalidad romántica del duque de Rivas podía expresarse ajustadamente en «El desterrado», poema escrito a bordo del paquebote inglés que lo llevaba al exilio. Y Espronceda podía hacer lo mismo en «La entrada del invierno en Londres», evocando a un tiempo la plenitud de corazón, la libertad y la patria

perdida. El exilio ideológico, el continuo movimiento de búsqueda, la bandera del deseo frente a la realidad, caracterizan la biografía poética de Alberti desde *Marinero en tierra* y *Sobre los ángeles*. Este último libro tiene también como protagonista a un ser deshabitado, a un ángel caído:

¡Nostalgia de los arcángeles!
Yo era...
Miradme.

Vestido como en el mundo,
ya no se me ven las alas.
Nadie sabe cómo fui.
No me conocen.

Por las calles, ¿quién se acuerda?
Zapatos son mis sandalias.
Mi túnica, pantalones
y chaqueta inglesa.
Dime quién soy.

Y, sin embargo, yo era...

Miradme.[1]

Un ángel desterrado en el mundo, sin alas, lejos de la geografía celestial de túnicas y sandalias. Los libros iniciales de Alberti permiten valorar una primera tesis: el mundo de su poesía, expresión clara de un exilio ideológico, se adapta bien al tema de la distancia. Es esto lo que hace que el exilio político real sea tan fértil para su producción posterior.

Los datos históricos son conocidos. María Teresa León y Rafael Alberti salen de España en marzo de 1939, durante los últimos días de la Guerra Civil, tras una peripecia peligrosa que los lleva en avión, gracias a la ayuda de Hidalgo de Cisneros, hasta Orán, luego en barco a Marsella y por fín en tren hasta París. Acogidos en casa de Pablo Neruda, encuentran trabajo, por influencia de Picasso, como locutores de Radio París-Mondiale. Inseguridad, viajes, dependencia de los amigos, he aquí el panorama de los desterrados españoles que tuvieron la suerte de no ser alojados en un campo de concentración francés.

Las presiones de la diplomacia franquista consiguen que Alberti pierda su trabajo. Por esta adversidad, y sobre todo por la previsible llegada de los nazis a París, decide viajar a América, para asentarse en Chile. Pero se quedan en Argentina, donde algunos estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, por indicación de Amado Alonso, habían formado un comité de ayuda. Rodolfo Aráoz Alfaro les cede una quinta en El Totoral (Córdoba), en la que Rafael y María Teresa viven retirados mientras se legalizan sus permisos de residencia. El editor Gonzalo Losada adelanta los derechos de autor de *Poesía (1924-1939)* y *Entre el clavel y la espada*, ofreciendo una generosa ayuda económica. Se instalan finalmente en Buenos Aires, donde el ma-

[1] *«El ángel desconocido». Cito por* Obras completas, *I, Aguilar, Madrid, 1988, p. 389.*

trimonio desarrolla una amplia actividad: conferencias, recitales, adaptaciones cinematográficas, radio, exposiciones de pintura, etc.

Alberti se dedica también a la edición, una labor muy destacable por la importancia que llegaron a tener la editorial Pleamar y la colección «Rama de oro», en las que se publicaron libros poéticos de Garcilaso, Góngora, Fray Luis, Bécquer, A. Machado, Juan Ramón, García Lorca, Cernuda, Hernández y una antología de *Eglogas y Fábulas castellanas*, firmada por el propio Alberti. También colabora con el Patronato Hispano Argentino de Cultura, para el que preparó una edición del *Romancero General de la Guerra Española.*[2] Esta labor editorial hay que valorarla dentro del esfuerzo que los intelectuales exiliados hicieron para mantener viva la cultura republicana, fundando revistas y dirigiendo colecciones.[3]

Ciñéndonos a su labor poética: Rafael Alberti escribió durante el exilio un libro en Francia, catorce en Argentina y tres en Roma. En París: *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia.* A su época argentina corresponden: *Entre el clavel y la espada, Pleamar, A la pintura. Poema del color y de la línea, Signos del día, Coplas de Juan Panadero, Buenos Aires en tinta china, Poemas de Punta del Este, Retornos de lo vivo lejano, Ora marítima, Baladas y canciones del Paraná, Sonríe China, La primavera de los pueblos, Poemas escénicos y Abierto a todas horas.* Y a su época romana: *Roma, peligro para caminantes, Los ocho nombres de Picasso y no digo más de lo que no digo y Canciones del Alto Valle del Aniene,* debiéndose tener en cuenta también los poemas políticos recogidos en la edición bilingüe *Disprezzo e Meraviglia.*[4]

La presencia del destierro en la poesía de Alberti fue inmediata. Nada más llegar a París escribe *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia,* libro que recoge perfectamente la turbación de los primeros días, la nostalgia de su país y las inseguras demandas de la nueva situación. El poeta acierta a expresar la vida confusa y la desorientación a través de un libro elaborado desde las interferencias. Se utilizan la rima y el verso libre en un conseguido desorden, hay confusión de idiomas y mucha mezcla de tonos, ya irónicos, ya nostálgicos, ya abiertamente combativos.[5] En el derrotado republicano español hay conciencia de diáspora:

Yo a Chile,
yo a la URSS,
yo a Colombia,
yo a México,
yo a México con J. Bergamín.
(OC, II, 38)

Pero el desmoronamiento de toda la realidad (pérdida de la guerra, pérdida del país, pérdida de las propiedades personales, inseguridad económica) supone al mismo tiempo una interrogación sobre el futuro y un esfuerzo de esperanza:

Bajo la Cruz del Sur
cambiará nuestra suerte.
América.

[2] *El* Romancero *se publicó en 1944 con selección y prólogo de Alberti. Dos años antes el Patronato había publicado su libro* El poeta en la España *de 1931, seguido del* Romancero de Fermín Galán y los sublevados de Jaca, *Phac, Buenos Aires, 1942.*

[3] *Un estudio sistemático de toda esa labor puede verse en Aurora de Albornoz, Santos Sanz Villanueva, Ricardo Domenech y Germán Gullón,* Cultura y Literatura *en* El exilio español de 1939, *VI, Taurus, Madrid, 1976.*

[4] *Las referencias bibliográficas exactas de estos libros y de las numerosas antologías publicadas, pueden encontrarse en* Obras Completas *I, pp. CLXV-CLXXVI. Entre los estudios globales sobre la poesía del exilio de Alberti, destacan: Catherine Bellver,* Rafael Alberti en sus horas de destierro, *Publicaciones del Colegio de España, Salamanca, 1984, y Concha Argente,* Rafael Alberti. Poesía del destierro, *Universidad de Granada, 1986.*

[5] *Marie Laffranque ha estudiado este libro en «Rafael Alberti, réfugié espagnol»,* Dr. Rafael Alberti, *Université de Toulouse, Le Mirail, 1984, pp. 243-260.*

Por caminos de plata hacia ti voy
a darte lo que hoy
un poeta español puede ofrecerte.
(OC, II, 53)

Debido a su extensión y a la variedad de matices,la presencia del exilio en los versos de Rafael Alberti se puede estudiar por caminos diferentes. Vamos ahora a detenernos en tres aspectos destacables, que ofrecen, según creo, una visión general objetiva: 1) La manifiesta preocupación política por las condiciones de los desterrados y de la España franquista. 2) La utilización frecuente de algunos símbolos que condensan el mundo ideológico del exilio. 3) La creación de elementos compensadores, capaces de equilibrar estéticamente la tragedia de la realidad.

La preocupación por el destierro es planteada desde la inquietud política y literaria. ¿Qué condiciones de vida y muerte sufren los exiliados? ¿Qué comportamiento deben tener los artistas españoles en tal situación? Estos son, por ejemplo, los temas de «Coplas de Juan Panadero por los que mueren desterrados» y de «Carta abierta a los poetas, pintores, escritores... de la España peregrina»:

A vosotros, hermanos, lejos de España, lejos
de su siempre cercano corazón, los consejos
—perdonad— de un poeta que para sí querría
recibir los que a todos buenamente daría.
(OC, II, 390)

Alberti firma en este poema un nuevo compromiso de lucha por la libertad española, reafirmando su apuesta frente a la distancia y el olvido. El poeta ve en el tema del exilio una continuación de sus posiciones durante la República y la Guerra Civil. Por eso al criticar los comportamientos de la dictadura vuelve a sus puntos de ataque más repetidos durante la Guerra: razón democrática frente a barbarie e independencia popular de España frente a los intereses extranjeros. Si Franco había vendido la libertad española a los italianos y alemanes para ganar la contienda, ahora estaba haciendo lo mismo con los norteamericanos para mantener su dictadura. En *Signos del día* se recogen abundantes poemas que denuncian esta política: «A España vendida», «A Cádiz, base extranjera», «Del español al soldado yanki», «Rota oriental, Spain», «Sonsonete de la cocacola», etc. Una preocupación tratada también en «Juan Panadero orienta a los turistas» y «Juan Panadero contra los vendedores y compradores de España».

El destierro no significa solamente nostalgia de la España perdida; es fuego vivo, interés por la desgracia de un país abandonado a las represiones. Así lo señala en «Nocturno español»:

Porque, en verdad, allí nadie reposa,
nadie cierra la luz sin que despierte
viendo al alba otra cosa
que el calculado rostro de la muerte.
(OC, II, 383)

Nada más terminada la Segunda Guerra Mundial, la Alianza Democrática de Ayuda a los Españoles Refugiados en Francia publicó un poema de Alberti, «¡Pueblos libres! ¿Y España?», incluido después en *Signos del día*, poema escrito para recordar a las demoracias victoriosas la permanencia del franquismo en España. La inquietud por el estado político de su país es una de las constantes en la obra del poeta desterrado, una manera de reafirmar los vínculos con la tierra perdida. Desde los primeros versos de *Vida bilingüe* hasta los poemas reunidos en *Disprezzo e Meraviglia*, esperando ya en Roma el regreso definitivo, Alberti trata en su poesía política el tema del exilio con esta doble posibilidad: situación de los desterrados y situación de la España franquista. Una manera de mantener enlazados los caminos históricos de las dos Españas.

Pero un estudio de la presencia del exilio en la poesía de Alberti no puede limitarse a señalar las apariciones literales de este tema y las denuncias políticas. No basta con apuntar las formas que utiliza Alberti para escribir sobre el exilio, porque es necesario tener en cuenta los modos con que el exilio influye sobre Alberti. Es decir, Alberti sobre el exilio, pero también el exilio sobre Alberti.

En este sentido se puede constatar, como indicábamos más arriba, la aparición de algunos símbolos y de elementos consoladores en la poesía albertiana. El toro, el árbol arrancado y la imagen de la otra orilla son tres de los dispositivos simbólicos más utilizados. En «Toro en el mar», capítulo de *Entre el clavel y la espada*, Alberti elabora la identificación del mapa de España con una piel de toro:

A aquel país se lo venían diciendo
desde hace tanto tiempo.
Mírate y lo verás.
Tienes forma de toro,
de piel de toro abierto,
tendido sobre el mar.

(OC, II, 99)

Inmediatamente se identifica al pueblo español con la fiereza noble del toro. La fuerza mitológica de este animal nacionalizado, su destino de pelea, su nobleza y la derrota final en los ruedos encarnan perfectamente la historia del pueblo español, dejando siempre la posibilidad abierta para un retorno de lucha, para el resurgimiento de una cornada vengativa. «Cornearás aún y más que nunca», escribe Alberti en el último poema de «Toro en el mar», profecía que presenta luego hecha realidad en «El toro del pueblo vuelve»:

El toro del pueblo sube,
rebosa el toro de España.
Por las calles crece, hambriento,
se empina furioso, salta.

(OC, II, 419)

Esta identificación positiva del pueblo español con el toro hace que Alberti, pese a toda su conocida poesía taurina anterior, se vaya enemistando poco a poco con

la victoria final del torero. Ahora la fiesta nacional cambia de significado poético, porque es la lucha indómita contra la represión. De ahí que acabe escribiendo un poema escénico como «El matador», en el que se cruzan los papeles y el toro termina lidiando y matando al torero.

El árbol desarraigado se convierte en otra imagen plástica para la poesía de Albertil. En una primera lectura asume claramente la idea del desplazamiento, de la pérdida de lugar provocada por el destierro. Pero hay una segunda intención más grave para un poeta como Alberti, que se siente portavoz de la cultura y las tradiciones de su pueblo. El exilio significa la pérdida de contacto con esa tradición y una posible sequedad. ¿Cómo seguir cantando sin la ayuda del riego natural? Es la preocupación del soneto «Esta pobre raíz»:

> Ya no sabes qué hacer, planta sin riego,
> pobre raíz, que el agua no sustenta,
> cada vez más al aire y más cruenta
> la mano, cada vez, que te echa al fuego.
>
> (OC, II, 799)

La imagen de la otra orilla permite una plasmación geográfica para la distancia del desterrado. Se produce un existir paralelo entre dos territorios que viven forzosamente en la lejanía. En una orilla la realidad y en la otra los símbolos de la memoria: la bahía de Cádiz, el colegio, la juventud artística madrileña, el heroísmo de la guerra, etc. «Sí, mar, lo sé; tú eres, para mí, la otra orilla», afirma el poeta en *Pleamar*. La otra orilla es el mundo perdido, el mundo que se debe recuperar y el territorio de la memoria que propicia elementos nostálgicos para los poemas. Buena parte de sus versos se convierten en una confusión de orillas, en las interferencias del pasado y el presente. La poesía es el barco que cruza de nuevo la mar, a veces con afán premeditado, a veces sin control, al hilo de una coincidencia espontánea. Como estudió Aurora de Albornoz,[6] ejemplo de regreso intencionado es el libro *Retornos de lo vivo lejano*; y ejemplo del segundo caso es *Baladas y canciones del Paraná*, otro de los poemarios importantes del exilio albertiano. La sorpresa de un recuerdo imprevisto desata el poema, como ocurre en la famosa «Canción 8»:

> Hoy las nubes me trajeron,
> volando el mapa de España.
> ¡Qué pequeño sobre el río,
> y que grande sobre el pasto
> la sombra que proyectaba!
>
> (OC, II, 687)

El toro, como nobleza derrotada que debe resurgir, el árbol desarraigado, como desplazamiento y peligro de sequedad, y la otra orilla, recuerdo y esperanza de regreso, condensan simbolicamente el mundo poético de Alberti durante el exilio. Hay además una serie de elementos consoladores que enriquecen de forma muy llamativa su escritura. En una época de muerte, injusticia y separación, la poesía se llena de

[6] *«Por los caminos de Rafael Alberti»*, Hacia la realidad creada, *Península, Madrid, 1979, pp. 221-237.*

un vitalismo manifiesto y de un gusto arrebatador por la belleza. El poeta se siente equilibrado frente a la realidad hostil por una voluntaria reafirmación estética y amorosa de la vida.

El erotismo cobra entonces un protagonismo antes desconocido antes en su poesía. Basta recordar los «Sonetos corporales» de *Entre el clavel y la espada*, o el «Diálogo de Venus y Príapo», añadido posteriormente al mismo libro. El amor y los deseos eróticos aparecen como una trinchera frente a la muerte:

> ¿Dinamita a la luna también? Vamos.
> Muerte a la muerte por la muerte: guerra.
> En verdad, piensa el toro, el mundo es bello.
>
> Encendidos están, amor, los ramos.
> Abre la boca. (El mar. El monte.) Cierra
> los ojos y desátate el cabello.
>
> (OC, II, 69)

En estos mismos versos se puede comprobar que otro de los elementos consoladores es la naturaleza, exaltada como territorio de felicidad, de fuerza y movimiento, de voluntad paciente para sobrevivir. Lo natural es espacio de vida libre y de belleza. Llega incluso a vislumbrarse una voluntad natural unificada, casi pitagórica o panteísta, que protagoniza partes muy significativas de los poemas. Todo palpita vivo, transformándose, en atractiva y permanente metamorfosis. El poeta debe estar atento a los posibles cambios y anotarlos, para poder identificarse así con las fuerzas más positivas de la existencia. En «Metamorfosis del clavel», sin salirnos aún de *Entre el clavel y la espada*, la metamorfosis de la vida en movimiento centra el tono de los poemas:

> Junto a la mar y un río y en mis primeros años,
> quería ser caballo.
>
> Las orillas de juncos eran de viento y yeguas.
> Quería ser caballo.
>
> (OC, II, 87)

En otro poema, sin embargo, el caballo quiere ser hombre y pide sábanas, Lola se hace ola de mar, un gallo se convierte en muchacho y es abrazado por una mujer, etc. La vida, el erotismo, el misterio de las transformaciones, todo esto unifica la voluntad de la naturaleza como territorio de supervivencia. Es el caso también de uno de los poemas más conocidos de Alberti, «Se equivocó la paloma», perteneciente a este mismo capítulo. Me parecen erróneas las interpretaciones que buscan una primera intención política, apuntando hacia el final injusto de la guerra; el mundo simbólico del poema se basa en este misterioso poder de unidad y transformación, en este territorio de vida donde se pueden abrazar el Norte y el Sur, las estrellas y el rocío, el calor y la nevada, el cielo y el mar. Y donde el tú femenino, destinatario del poema, puede intercambiar finalmente su papel con la paloma:

(Ella se durmió en la orilla.
Tú, en la cumbre de una rama.)
(OC, II, 90)

Es, junto a la interferencia de la otra orilla, «el eterno espectáculo de las transformaciones», que Alberti seguirá agradeciendo años más tarde, en los poemas de *Abierto a todas horas*.

Pero el camino poético de compensación más importante hay que buscarlo en el interés de Alberti por delimitar algunos paraísos artificiales, o mejor, algunas arboledas perdidas, utilizando un vocabulario propio del poeta. Se trata de definir territorios de felicidad, bien delimitados y llenos de carácter positivo para su biografía y su obra.[7] Son arboledas perdidas muy concretas, cerradas, porque cada una de ellas asume el protagonismo de un libro: la pintura, la memoria y la bahía de Cádiz, que corresponden a *A la pintura. Poema del color y de la línea* (1948), *Retornos de lo vivo lejano* (1952) y *Ora marítima* (1953).

El carácter de reivindicación que la belleza tiene frente a la muerte y la injusticia queda reflejado en el adelanto de *A la pintura* que publicó la Imprenta López en 1945. Es significativo, por su tono himnico, que el libro se subtitule aquí *Cantata de la línea y el color*. Pero sobre todo nos interesa la siguiente nota: «Se estaban imprimiendo los últimos pliegos de esta cantata cuando el cable difundió la noticia de la terminación de la guerra en el mundo. A la paz y al triunfo de la inteligencia y de la justicia contra la barbarie dedicamos esta cantata. ¡Que triunfen de nuevo la poesía, la línea, el color, y que la sangre derramada no lo haya sido en vano!» (OC, II, 373).

A la pintura es un libro de celebración, un canto que funciona como elemento consolador. De ahí su tono himnico, la exaltación humana de la estética y el uso continuo de la naturaleza para describir el paraíso de la pintura, los recuerdos del Museo del Prado y el estilo de cada uno de los pintores. Leonardo es la luz hecha ángel, Miguel Angel «el amado del rayo y la tormenta», Picasso un toro azul que se arranca del toril, y el trabajo de los pintores en general una ventana abierta hacia la vida:

¡Oh asombro! ¡Quién pensara que los viejos pintores
pintaron la pintura con tan claros colores;
que de la vida hicieron una ventana abierta,
no una petrificada naturaleza muerta...
(OC, II, 275)

Retornos de lo vivo lejano es otro libro unitario, otro espacio delimitado donde el poeta se encierra con su memoria, buscando la otra orilla a través de la infancia, del amor y de los recuerdos literarios e históricos. Alberti vuelve a los días infantiles en la bahía gaditana, reconstruye el amor con María Teresa León y evoca algunos capítulos dispersos de su vida: sus perros, imágenes de España, los poetas preferidos, etc. Entre ellos es necesario resaltar la figura de García Lorca en «Retornos de un poeta asesinado». El amigo granadino, desde *Vida bilingüe* hasta los últimos libros,

[7] *Una explicación más detallada de estos poemas puede consultarse en mi introducción a las* Obras Completas *de Alberti, I, pp. XXXI-CXXXIII.*

está presente en toda la poesía de Alberti. Su muerte simboliza la pérdida y sirve de crítica ante el comportamiento agresivo de la barbarie.[8]

Rafael Alberti se suma en *Ora marítima* a la celebración del trimilenario de la fundación de Cádiz: «A Cádiz, la ciudad más antigua de Occidente, que abrió los ojos a la luz del Atlántico en el año 1100 a de J.C., al celebrar ahora su tercer milenario le ofrece desde lejos este poema un hijo fiel de su bahía» (OC, II, 646). La evocación personal y colectiva de la historia de Cádiz le permite elaborar otro libro de tema único y bien estructurado, otro espacio consolador. Entre estos paraísos artificiales hay que incluir también la «Invitación a un viaje sonoro», recogida en *Pleamar*. Es una cantata para verso y laúd, en la que se perfila un recorrido temporal y geográfico a través de los distintos géneros musicales. Las coincidencias técnicas con *A la pintura* son evidentes, porque el verso se adapta con mucha agilidad a los temas que se van cantando.

Respecto a la poética del exilio es necesario hacer todavía una última consideración. El destierro de Rafael Alberti fue excesivamente largo: treinta y ocho años vividos día a día, entre marzo de 1939 y abril de 1977. La llegada resultó difícil, con las heridas demasiado abiertas y un futuro agobiante en todos sus aspectos. En «Como leales vasallos», un capítulo de *Entre el clavel y la espada* que tiene como telón de fondo el *Cantar de Mío Cid*, el poeta llega a escribir:

Duras, las tierras ajenas.
Ellas agrandan los muertos,
ellas.

Triste, es más triste llegar
que lo que se deja.
Ellas agrandan el llanto,
ellas.

(OC, II, 138)

Pero con el paso del tiempo el poeta y su poesía acaban integrándose en la tierra nueva, haciéndola suya. De una parte se agradece la suavidad del paisaje que va haciéndose familiar, que pierde su dureza, campo abonado por los años para las raíces antiguamente desgajadas; de otra parte se intuye una nueva tensión, un peligro de añadida melancolía.

Barrancas del Paraná:
conmigo os iréis el día
que vuelva a pasar la mar.

(OC, II, 702)

Después de tantos años, el regreso significará cambiar una nostalgia por otra. Y en efecto, cuando en 1963 deja Buenos Aires por Roma, Alberti escribe un soneto a la ciudad nueva, pero saludándola con gravedad de nostalgia, apesadumbrado por la vida americana que le pesa en sus espaldas:

[8] *La presencia de García Lorca en la obra de Alberti queda clara en su antología* Federico García Lorca: poeta y amigo, *Biblioteca de la Cultura Andaluza, Granada, 1984. García Lorca es otra de las constantes en la poesía albertiana del destierro.*

Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.

(OC, II, 17)

Y en su estancia romana se producirá el mismo proceso de paulatina integración, no ya con la naturaleza, como fue norma en América, sino con la ciudad popular, la ciudad viva de la calle Garibaldi y el barrio del Trastevere. El poeta recoge estas palabras de Vittorio Bodini para presentar su libro «la comprobación de una humanidad simple, hormigueante y nerviosa, callejones sucios, muros corroídos, sórdidos vestigios y señales de una existencia en lucha por la supervivencia. La Roma, en fin, antioficial y antimonumental, la más antigoethiana que pueda imaginarse». A lo que Alberti añade: «Todo esto sí, pero también la angustia incesante de un poeta lejano de su patria, que afronta su vida en medio de un pueblo sencillo y sorprendente» (OC, III, 11).

España, angustia íntima en los años de Buenos Aires y Roma. Pero el regreso será un cambio de nostalgia, significará recordar desde España la vida argentina e italiana. No estará bien en ningún lado, siempre deseará la otra orilla, porque el poeta vive arrancándose como un toro, con las raíces al aire igual que un árbol desgajado.

Y con esto volvemos al principio. La vida y la obra de Rafael Alberti se convierten en representación de la mejor poesía contemporánea, porque el poeta vive ideológicamente como un ser desterrado, como un extranjero, según diría Baudelaire, dispuesto a vivir sin patria, en permanente insatisfacción con la realidad, aspirando a cambiarla, a embellecerla, a llenarla de transformaciones. Un ser que paga con distancia su apuesta por la libertad.

Rafael Alberti encarna perfectamente esta configuración ideológica del poeta. Por eso los estilos literarios de sus libros se suceden en la inquietud de una insaciable búsqueda. Y por eso el destierro político real se convierte en sus manos en un tema de mucha fertilidad poética.

Luis García Montero